

EL CORRESPONSAL

UNA NOVELA INSPIRADA EN HECHOS REALES



POR EL AUTOR DE *EL DIRECTOR*

DAVID JIMÉNEZ

David Jiménez



El corresponsal

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© David Jiménez, 2022

Edición gestionada a través de Oh!Books Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: enero de 2022

Depósito legal: B. 18.362-2021

ISBN: 978-84-08-25086-9

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

CAPÍTULO I

A los cuarenta y seis, Daniel Vinton entraba en la vejez prematura del corresponsal de guerra: demasiado mayor para volver de la oficina manchado de barro, demasiado insolente para hacer carrera en los despachos y demasiado cínico para escribir una novela sobre segundas oportunidades. Salía de su segundo divorcio y lo habían despedido del *Times*. Ya solo viajaba a países sin invierno, reclusándose en hoteles donde el servicio de habitaciones reponía su minibar dos veces al día. Hacía tres años que no pisaba el frente. Y, sin embargo, apoyado en la veranda del Bamboo bar, con la mirada perdida en el atardecer púrpura de Rangún, seguía transmitiendo la elegante indiferencia de un tipo en la cima.

De las hazañas de Vinton y su caída en desgracia se contaban las más extraordinarias historias. Decían que cruzó el desierto de Kuwait en un camello dopado con pastillas de éxtasis, que pasó tres meses arrestado en Teherán por liarse con una camarera del Olympic y que evitó que le pisaran una primicia arrojando a la piscina del Hilton de Yakarta las cámaras de un equipo de la CNN. Saber qué había de cierto y qué de inventado en aquellos relatos era difícil: la fuente eran otros corresponsales acostumbrados a exagerar sus propias aventuras, los riesgos que corrían en ellas y los gastos que pasaban a Contabilidad.

Cuando le preguntaban por los rumores que circulaban a su alrededor, Vinton respondía con un «no fue para tanto» que unos atribuían a su humildad y otros a su soberbia. La mayoría se negaba a conceder la duda de la modestia a quien se consideró, durante dos décadas, como el mejor reportero de su generación.

Llevaba un rato observándolo a distancia cuando vi que levantaba su vaso vacío y se lo mostraba al camarero para que le sirviera otra ronda. Quería acercarme a saludarlo, aunque no sabía si hacerlo, porque nada desluce al mito como la cercanía de una conversación en la barra de un bar. Pero después de unos segundos me convencí de que aquella era una buena oportunidad: caminé hacia él mientras practicaba mentalmente los gestos y palabras con los que disimularía mi condición de novato. Yo no tenía ninguna batalla que compartir. Acababa de cumplir veintiséis años y había llegado a Birmania para mi primera gran cobertura internacional cargado con las ambiciones que los reporteros jóvenes adornan de las más nobles intenciones.

—Miguel Bravo —me presenté—. Es un enorme...

Vinton dejó mi mano suspendida en el aire un tiempo incómodo y, al estrecharla, repasó mi disfraz de periodista de arriba abajo: chaleco multibolsillos, zapatos desgastados, Nikon D80 sin estrenar colgada del hombro...

—¿Diplomático o enviado especial? —preguntó con ironía.

—Estoy con *El Universal*.

—Pensé que ya no daban visados.

—Lo conseguí en Bangkok. Alguien me debía un favor.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto? —dije.

—La mordida, ¿cuánto te costó?

—Doscientos dólares...

Mi tono buscó su aprobación mientras el camarero, un

birmano de rostro aniñado y amplia sonrisa, le despachaba otro vaso corto.

—Los nuevos pagáis demasiado. Cada vez es más caro sobornar a esos vagos de la embajada. Tendrían que colgar sus tarifas en la ventanilla.

La terraza del Bamboo ofrecía las mejores vistas de la Revolución Azafrán. A lo lejos divisábamos los cargueros atracados en el muelle, la silueta dorada de la pagoda de Shwedagon y la multitud que se perdía entre las callejuelas con sus banderas, pancartas y ansias de libertad. El murmullo de miles de voces sediciosas llegaba hasta nosotros.

—Todos los días hacen el mismo recorrido —dijo Vinton asomándose a la calle—. Llegan hasta la pagoda de Sule y se quedan inmóviles frente a las barricadas de los soldados. Rezan, esperan a que anochezca y se marchan a su casa.

—Unos rebeldes muy educados.

—Vendrá otro monzón y seguirán ahí.

—¿Crees que pueden ganar?

Vinton se terminó su nuevo *bourbon* de un trago, arrojó los hielos por la barandilla y me miró con la fatigosa condescendencia del profesor que ha escuchado la misma pregunta mil veces. Y entonces, abriendo los ojos del todo por primera vez, dijo algo que habría de recordar el resto de mi vida:

—Me temo, Miguel Bravo, que viniste a la revolución equivocada. Pero supongo que ya es tarde para volverte atrás, ¿no crees?

Todavía hoy, muchos años después de nuestro primer encuentro, me sorprende que nos hiciéramos amigos. Yo era un joven reportero con las ilusiones intactas, convencido de haber escogido un oficio con el que ayudaría a cambiar el mundo; Daniel Vinton flotaba plácidamente

en su descenso, a la espera de tocar suelo, y contemplaba la vida desde la altivez cínica del veterano. Nos habíamos cruzado en la misma carretera en sentidos opuestos. Ninguno de los dos imaginaba la manera en que se pondrían a prueba nuestras convicciones en los días que siguieron o cómo nuestros destinos se iban a unir en el país que Vinton me describió en una ocasión como «el más bello y triste jamás inventado». Uno donde, si pudiera volver atrás en el tiempo, a aquel monzón de 2007, jamás habría puesto un pie.

El Bamboo había sido renovado ese año con intención de darle el ambiente bohemio de los clubes de correspondales. El interior estaba decorado con muebles que venían viejos de fábrica, sillas de mimbre con grandes respaldos y fotografías de las guerras de Indochina que se vendían a los turistas por veinte dólares. Guecos de color grisáceo esperaban, inmóviles en el techo, a que los mosquitos se pusieran a tiro. Ventiladores con grandes aspas de madera ofrecían alivio en los días sin brisa. La terraza, que ocupaba toda la azotea del hotel Traders, tenía un pequeño escenario, varias mesas iluminadas por lámparas orientales y dos barras —una interior en forma circular y otra más pequeña en el exterior— servidas por camareros que vestían casacas birmanas y pareos a cuadros.

Al caer la tarde, los huéspedes disfrutaban de la *happy hour* de Negroni mientras el bullicio de la calle se disipaba lentamente, los birmanos regresaban a su casa, enfundados con elegancia en sus sarongs, y los cánticos melódicos de los monjes envolvían la terraza desde templos cercanos. Podría arder el mundo a tu alrededor y no escogerías otro lugar para contemplar su final.

Seguí a Vinton hasta la mesa donde varios periodistas

agasajaban a la última novedad de Rangún, la cónsul sueca Hanna Olme. Era una mujer atractiva que rondaba los cuarenta y hablaba el inglés sin acento de los nórdicos. Llevaba dos meses en un puesto donde el trabajo más excitante consistía en reemplazar los pasaportes extraviados por los turistas, uno de esos destinos del sureste asiático que los diplomáticos conocían como *Triple P*: pagodas, playas y polvos. Olme estaba de suerte: el estallido de la revuelta ofrecía alicientes adicionales, incluida su incorporación a la delegación europea que negociaba una salida de la crisis con los generales birmanos.

Cuando llegamos a la mesa, el viejo Peter Gibbs, el enviado especial de *The Guardian*, trataba de impresionarla y hablaba con grandilocuencia de su entrevista con uno de los monjes que lideraban las protestas.

—Recuerdo vivamente que, en el 88, durante las protestas estudiantiles...

—Oh, venga, Peter —interrumpió Vinton mientras tomábamos asiento—. Todos sabemos que estuviste aquí, que te persiguieron los soldados y que te tiraste al lago Inya para escapar de una muerte segura. ¿De cuántas te has librado? Cuéntanos.

—Te echábamos de menos, Daniel —dijo Gibbs dejando escapar un suspiro. A sus setenta y tres años, era el más veterano de los reporteros que podías encontrar cerca de la acción.

—Los generales aceptan convocar elecciones libres a cambio de que la gente regrese a casa —anunció la diplomática—. El acuerdo es inminente.

—¿No están de suerte estos salvajes? —Vinton clavó la mirada en Olme—. El mundo civilizado acudiendo al rescate de los birmanos.

—¿Usted no cree que debemos ayudar en lo que podamos?

—La cuestión es si pueden.

—El acuerdo evitará un baño de sangre.

—Los militares no han cumplido un acuerdo en cuarenta años y no van a hacerlo ahora. Ven peligrar sus mansiones de Mandalay y les desagrada que interrumpen sus partidos de golf de los domingos. Vienen fuegos artificiales.

—El mundo ha cambiado, señor Vinton. —La voz de la diplomática adquirió un tono de forzada seguridad—. No pueden sacar los tanques a la calle impunemente. No se atreverán.

Ray Maloney, enviado de la Fox News, dijo estar «muy de acuerdo» con la cónsul. Maloney nunca estaba solo de acuerdo o en contra de algo. Precedía sus opiniones con un *muuuuy* estirado hasta que tenía la certeza de haber captado la atención de sus interlocutores. Presentó las noticias de las seis desde los estudios de Nueva York antes de que lo reemplazaran por una «rubia con las tetas de Dolly Parton». Se reinventó como reportero estrella de la cadena sin abandonar del todo el plató. Nadie recordaba haberlo visto despeinado, pero tampoco nadie recordaba haberlo visto en primera línea. El Príncipe, lo apodaban.

—El general no se atreverá a disparar a monjes desarmados —dijo Maloney—. Aquí son como dioses. Sería como si el ejército italiano asaltara el Vaticano.

Y, admirado por su ocurrencia, la repitió mirando a Nicole Maza, la reportera francesa de *Libération* que se sentaba a su lado.

—Como si el ejército italiano asaltara el Vaticano.

Maza lo ignoró y buscó la opinión de Olme con la mirada.

—Están las sanciones —dijo la cónsul—. Y ustedes, con sus cámaras como testigos. Insisto: el mundo ha cambia-

do. La comunidad internacional jamás toleraría el uso de la violencia contra inocentes.

—¡Budistas! —repitió el Príncipe—. No dispararán a monjes budistas.

—Y tú, Miguel Bravo, ¿qué piensas? —me emplazó Vinton.

Hasta entonces había permanecido cómodamente en un segundo plano. No conocía el país y las probabilidades de decir algo estúpido eran altas. Sin embargo, el silencio me haría parecer aún más idiota. Tragué saliva:

—Yo... Esto... Creo que no se atreverán a disparar a su gente. No parecen una amenaza para nadie.

—Me temo que está usted en minoría —dijo Olme girándose hacia Vinton—. Llevamos dos años de contactos con el régimen. Saben que tienen que abrirse al mundo o se enfrentan al aislamiento total.

—Ya están aislados. El general Than Shwe vive en un palacio-búnker en mitad de la jungla y tiene una pitonisa enana que le susurra al oído las decisiones que debe tomar.

—Solo la escucha a ella —dijo Peter Gibbs dejando de lamerse las heridas por la interrupción de Vinton.

—¿Quién es ella? —pregunté.

—Nai Nai. Tiene rango de ministra. Es pequeña como un pigmeo, con dientes de rata y orejas puntiagudas. Fea como el demonio. *The New Light* publicó una foto en la que salían juntos. ¡Qué gran pareja! Apuesto a que se la tira, aunque solo sea por el morbo.

—En tus sueños, Gibbs —dijo Nicole Maza.

El inglés contó que Than Shwe no tomaba ninguna decisión sin consultar con su vidente y que fue Nai Nai la que recomendó el traslado de la capital desde Rangún a un lugar apartado en mitad de la jungla. Los birmanos solo supieron de la existencia de Naipyidó, la Ciudad de

los Reyes, el día que se inauguró tras haber sido erigida durante años en secreto, con miles de esclavos. El líder supremo dirigía ahora el país desde su palacio a los pies de las montañas de Pegu Yoma, en un complejo de una única planta de treinta y cinco mil metros cuadrados y jardines que se expandían en un terreno de cien campos de fútbol, con un lago artificial y establos para sus cincuenta y tres elefantes. Uno de ellos, Bo Bo, era el único ejemplar blanco en cautividad y su mascota particular. Los antiguos reyes de Bagan consideraban a los elefantes blancos penúltimas reencarnaciones del Buda Gautama antes de su nacimiento en la India: tener uno los protegía de invasiones, rebeliones y traiciones palaciegas. Bo Bo, cumplidos los cincuenta años, estaba viejo y enfermo. Gibbs aseguró que el general estaba preocupado y que su pitonisa guiaba telepáticamente las partidas enviadas a buscar otro animal de la buena fortuna.

—Cinco batallones rastrean desde hace meses las junglas de Arakán y Magwe. Tienen prohibido regresar hasta encontrarlo. Pero nada, el bicho no aparece.

—¿Fuentes? —Maza se mostró escéptica.

—Por supuesto, ahora mismo las comparto. ¿Y pago la cuenta de tu hotel también, Nicole? Esa vidente es como Yoda, el maestro de la *Guerra de las galaxias* —añadió Gibbs—. Os digo que se la tira. Y después dan paseos románticos a lomos de su elefante albino. ¿No es este un país maravilloso?

—Les aseguro que sus historias son mucho más interesantes que mis reuniones —dijo la cónsul—. Nada les debe parecer más aburrido que un acuerdo diplomático que evite la violencia.

—¿Insinúa que deseamos que corra la sangre?

Vinton se levantó y dejó un billete de veinte dólares sobre la mesa.

—No he querido...

—Lleva razón. Todos los que estamos aquí deseamos que su misión diplomática fracase. Entiéndanos, vivimos de noticias, especialmente si son malas. Podría decirse que... estamos en bandos opuestos.

El americano se alejó hacia la salida sin esperar una respuesta y la conversación enmudeció, como si se hubiera llevado la importancia de lo que pudiera decirse en su ausencia. Olme, contrariada, rompió el silencio con una disculpa:

—¿Dije algo inconveniente?

—Bah, es Vinton. —Maloney dio a entender que todos éramos partícipes de algún secreto inconfesable sobre su carácter—. No se preocupe demasiado por él.

La caída en desgracia de Daniel Vinton era el chisme favorito de los bares de corresponsales en aquellos días. Gibbs se atribuyó conocimientos en la materia y contó que había iniciado su carrera en *The Boston Globe*, cubriendo sucesos y tribunales hasta que lo enviaron a sustituir al corresponsal del diario en Alemania. Norman Reeley tenía pagado un crucero con su familia y no estaba dispuesto a perderselo. Húngaros, checos y polacos habían lanzado la primavera anticomunista, pero Reeley pensó que el movimiento no llegaría a Alemania y que Moscú jamás permitiría la caída del muro de Berlín. Dejó a Vinton a cargo de la oficina dos semanas y, mientras surcaba el Báltico con su mujer y sus tres hijas, el mundo cambió para siempre. El joven sustituto hizo la cobertura de su vida, narró el final de la Guerra Fría y ganó el primero de sus dos Pulitzer, en el arranque de una carrera fulgurante. Su último artículo antes de dejar Alemania se tituló «La fiesta del general Hoffman». Nadie supo cómo se las había arreglado para

meterse en la celebración privada de un alto mando del Ejército Rojo, que en vez de salir huyendo organizó una fiesta donde corrió el vodka y se lloró la derrota sobre los pechos desnudos de prostitutas reclutadas en el Storchenbar. «Cuando amanecieron, aturdidos por la resaca, los oficiales despertaron transformados en fervientes capitalistas», escribió Vinton.

Los Angeles Times lo fichó poco después y Vinton se consagró como enviado especial en la primera guerra del Golfo, el sitio de Sarajevo y el genocidio de Ruanda, el conflicto que lo marcaría para siempre. Para entonces sus éxitos empezaban a irritar a los *War Dogs*, el grupo de veteranos con galones que coincidían en los grandes conflictos, repartían carnés de periodismo y creían merecer a la vez los premios Nobel de la Paz y de Literatura. La frase «no es tan bueno como dicen» empezó a circular para referirse a Vinton, sin que se dieran cuenta de que al pronunciarla admitían la emergencia de un rival formidable.

Vinton no les mostró pleitesía, como se esperaba de los recién llegados. Viajaba solo, pedía que le sacaran billetes solo de ida, para evitar regresos prematuros, y llevaba una única maleta. El mismo equipaje siempre: cuatro camisas, dos azules y dos blancas; unos vaqueros y unos chinos; un par de zapatillas de tenis; zapatos de vestir y una americana, para los funerales y entrevistas aburridas. Evitaba los hoteles de reporteros y limitaba al mínimo su contacto con los colegas. Su mezcla de individualismo y olfato —tenía la manía de estar siempre en el sitio adecuado— resultaban desesperantes, aunque no tanto como su talento para la escritura. Describía la acción con un estilo sencillo y profundo que, al ser imitado por sus rivales, resultaba vulgar y empalagoso. Una primera frase directa al estómago. Ni una palabra de más. Textos que fluían e invitaban a seguir leyendo hasta el final, porque cada párrafo antici-

paba que el siguiente sería aún mejor. Ni siquiera en sus inicios, cuando el periodista escribe para demostrar lo bien que escribe, cayó en el sentimentalismo o sucumbió a la tentación de los adjetivos, que decía que eran «granos en el culo de los reporteros gandules». La racha le duró dos décadas, hasta lo que Peter Gibbs describió como «el incidente».

Daniel Vinton iba empotrado con marines del 3.º Batallón noveno Kodiak, en la provincia afgana de Helmand, cuando una mina detonó al paso del convoy. Tras la explosión, llegó el fuego a discreción desde las colinas. Varios marines yacían muertos y su *fixer*, uno de los periodistas locales que traducen, engrasan los contactos y a menudo hacen el trabajo sucio para los corresponsales, quedó gravemente herido.

—Esos salvajes bajaban por la ladera del monte como indios en una película del Oeste —contó Gibbs, que había coincidido con él en Afganistán—. Solo les quedaba un vehículo operativo y tenían que salir de allí o los muyahidines los degollarían como a pollos. Daniel estaba con su traductor, Ahmad, creo que se llamaba. Al ver que estaba herido y no podía moverse, lo abandonó y corrió hacia el *humvee*. Salieron de allí echando leches. Del traductor no se volvió a saber.

—Es horroroso —dijo la cónsul—. Me admira su trabajo.

—Espero que ese traductor palmara rápido —dijo Maloney—. A los afganos que trabajaban para las tropas extranjeras les cortaban las pelotas, se las metían en la boca y los dejaban desangrarse durante días colgados de un árbol. —El Príncipe hablaba con la autoridad de quien no ha escuchado nunca los tiros de cerca—. No dejar a ningún hombre atrás... sirve para los marines y también para los intérpretes que trabajan con nosotros, ¿no?

—¿Qué habrías hecho tú, Ray? —preguntó Nicole Maza fulminándolo con la mirada.

La francesa era una mujer menuda que no hacía ningún esfuerzo por gustar, aunque la traicionaban los ojos grandes y azules, la dulzura de las facciones, un acento francés suave y gestos involuntariamente seductores. Menuda y con grandes pechos, no se maquillaba ni adornaba con joyas. Llevaba el pelo rapado. Vestía pantalones cargo con cuatro bolsillos, camiseta con tirantes y botas negras. Su legendario desinterés por los demás corresponsales, que perdían todas sus apuestas sobre quién se la llevaría a la cama, la hacían antipáticamente irresistible a ojos de los *War Dogs*.

—Sabes que hay otras versiones de aquello —insistió Maza—. ¿Por qué no lo cuentas cuando Daniel esté delante y pueda defenderse?

—No lo culpo. Todos habríamos hecho lo mismo. Él incluso ha llegado a justificar su escapada. No recuerdo dónde... Dijo que era... una de esas situaciones que se encuentran los alpinistas en la escalada al Everest. Estás a punto de llegar a la cima y tu compañero, exhausto y enfermo, no puede seguir. ¿Qué haces? No te quedan fuerzas para ayudarlo ni para cargar con él. ¿Intentas salvarlo poniendo tu vida en riesgo y renunciando a tu sueño de llegar a la cima? ¿Gastas tus últimas energías en la posibilidad entre un millón de sacarlo de allí arriesgándote a morir con él? ¿O sigues adelante? Vinton siguió adelante. Yo habría hecho lo mismo. Todos habríamos hecho lo mismo.

Aunque «el incidente» se contaba de mil maneras, todas concluían que Vinton había tenido alguna responsabilidad en la muerte de su traductor. Nunca rebatió las versiones más negativas de lo ocurrido y dejó que las habladurías se propagaran en un mundo que era más peque-

ño de lo que imaginaba. Los mismos jefes que lo contrataron para *Los Angeles Times*, periodistas reconvertidos en relaciones públicas, temieron el golpe para la imagen del diario y abrieron una investigación. Lo eximieron y apuñalaron a la vez en un reporte final que concluía:

Testigos en el lugar de los hechos confirman que el intérprete Ahmad Zahir estaba vivo cuando el último vehículo abandonó la zona con el empleado de *Los Angeles Times* y el resto de los supervivientes. No es posible determinar en este momento si otra toma de decisiones por parte del señor Vinton habría producido un desenlace diferente.

Poco después llegó un plan de bajas incentivadas al diario y Vinton puso su nombre el primero en la lista. O lo añadieron.

También se contaban versiones diferentes sobre las circunstancias de su salida. El despido del *Times* pudo haber sido un bache, pero nadie sujeta la red de quienes ascienden y caen bajo sus propias reglas. Si le quedaba algún amigo, no estaba entre los otros periodistas. Siempre trató a sus editores con desdén, humilló a los jefes intermedios, que se resentían por su condición de intocable, y juzgó el trabajo de sus colegas con la malicia de un pasillo de instituto. Cuando premiaron al enviado del *Washington Post* Mark McGullan con un Pulitzer por su cobertura en Ruanda, dijo que lo merecía: «Nadie huyó de una noticia más rápido que él ni con los pantalones más manchados».

Tampoco lo ayudó ser uno de los mejor pagados en el oficio o su fama de falsificador de facturas en serie, una acusación de la que siempre se defendió. Por supuesto que las engordaba: era su bonus por jugársela mientras los directivos del periódico calentaban el culo en despachos y

reservados de restaurantes. Vinton volaba en *business* y manipulaba los recibos para que en Contabilidad creyeran que lo hacía en *economy*; presentaba gastos de desayunos como si fueran cenas en el Grand Central; deslumbraba con propinas al personal de los hoteles donde se hospedaba, a cambio de trato de favor, y añadía su generosidad a la cuenta del diario. Llegó a pasar como una reunión con fuentes de la oposición venezolana una noche de alcohol y señoritas en el Panteón de Caracas. «Imprevistos», puso en la factura. Los jefes se lo toleraban porque junto a las facturas enviaba tres primicias, dos entrevistas exclusivas y un reportaje dominical que el diario sindicaba a publicaciones de cuarenta países. Sabían que los estaba estafando, pero les parecía un trato justo.

Se marchó del periódico sin despedirse de nadie, convencido de que se lo rifarían los grandes diarios nacionales. Nadie llamó. Le ofrecieron un puesto en la NBC, pero decía que la televisión no hacía periodismo y que, para entretener, prefería el circo. Terminó aceptando encargos *freelance* para publicaciones menores que vieron la oportunidad de contar con una firma reconocida a precio de saldo. «Algo temporal», se dijo. Fue un error de cálculo, porque el éxito es una percepción que otros tienen de nosotros y aquel movimiento cambió la manera en la que Vinton era valorado en la profesión. A la edad a la que el dependiente asciende a jefe de planta y el banquero cobra el bonus para el *penthouse*, el reportero empieza a ser un estorbo. Puede alargar la partida si está dispuesto a seguir jugándose en guerras que no importan a nadie y hacerlo, además, compitiendo con jóvenes que todavía no saben que no importan a nadie. Vinton no lo estaba. Le llegó lo que en el oficio se conocía como el *momento Hemingway*: un día te despiertas en un lugar donde nadie querría estar, te miras al espejo y te devuelve no solo el recuerdo de

lo que fuiste, sino de lo que ya no volverás a ser. Te dices que al menos podrás recoger el favor que el mundo te debe después de pasar años contando sus mierdas. Y es entonces cuando descubres que, al otro lado de ese mostrador, no hay nadie.

El gran corresponsal escribía ahora para diarios locales de la costa oeste, paseaba su desencanto por coberturas destinadas a páginas interiores y silenciaba en alcohol el secreto inconfesable del reportero de guerra de mediana edad. Desde la emboscada en Afganistán y la muerte de Ahmad, tenía miedo al frente.

O eso decían de Daniel Vinton.